

MISTERIO / TRAS LAS HUELLAS DE LA DAMA AZUL

CUENTAN QUE EL DON DE LA BILOCACIÓN LE PERMITÍA ESTAR EN SU CONVENTO DE SORIA Y EN NUEVO MÉXICO A LA VEZ. 400 AÑOS DESPUÉS, SU PUEBLO Y EL ESTADO DE EEUU SE HAN HERMANADO. JAVIER SIERRA, QUIEN LA HIZO «BEST-SELLER», SIGUE LOS PASOS DE SOR MARÍA JESÚS DE ÁGREDA

LA MONJA QUE ESTABA EN DOS SITIOS A LA VEZ

JAVIER SIERRA

Sólo 24 horas antes de ser nombrado secretario de Comercio del futuro Gobierno de Barack Obama, Bill Richardson (demócrata, 61 años) firmó uno de los documentos más insólitos de su carrera. Ocurrió el pasado 2 de diciembre, cuando casi nadie sabía que le quedaban unas horas como gobernador de Nuevo México. A las 11 de la mañana, con una sonrisa de oreja a oreja, entró en la *room* 400 del Capitolio de Santa Fe para rubricar su última disposición frente a una delegación de concejales sorianos. Se habían desplazado a 10.000 kilómetros de casa para hermanar su pueblo de 3.400 habitantes, Ágreda, con el Estado de Nuevo México, inspirados —y eso es lo extraordinario del caso— por una vieja leyenda común, tan increíble como desconocida. Una que, por esos avatares del destino, conozco muy bien. No en vano, la reconstruí en detalle para mi última novela, *La dama azul*.

La mujer que da título a mi obra y que ha inspirado el hermanamiento se llamó realmente María Coronel y Arana, nació en Ágreda (Soria) en 1602, y pasó toda su vida en aquel pueblo situado en las faldas del Moncayo. La mayor parte de sus 63 años transcurrieron en un convento de clausura que todavía se conserva en las afueras. Con sólo 16 ingresó como novicia, cambiando su nombre por el de sor María de Jesús. Y ya desde aquellos momentos comenzó a experimentar toda suerte de episodios extáticos y sobrenaturales. «Conocimiento de las cosas divinas», dijeron. Sus hermanas de comunidad la veían levitar a menudo e incluso entrar en trance en las misas, dándole una fama que no buscó.

UNA RARA HABILIDAD

De todas aquellas «exterioridades», como sor María de Jesús las llamó en sus escritos, sólo una ha sido la responsable del viaje a Nuevo México de esa delegación de Ágreda, encabezada por su alcalde Jesús Manuel Alonso. Al parecer, entre 1620 y 1631, la monja hizo no menos de 500 visitas a Nuevo México gracias al don de la bilocación. Una rarísima habilidad que, se dice, le permitía estar en dos sitios a la vez. Lo curioso es que aquellas bilocaciones dejaron todo un reguero de documentos y textos históricos. El más valioso fue el que redactó fray Alonso de Benavides, primer padre custodio de Nuevo México, que en 1629 actuó como obispo provisional de la región y levantó acta de cómo, en efecto, una mujer joven y blanca, cubierta por un manto azul, predicó en las orillas del Río Grande mucho antes que sus misioneros.

En un curioso informe de 109 páginas, Benavides mostró su estupefacción por la docilidad con la que los nativos habían acudido en masa a convertirse. «Preguntando a los

indios que nos dijeren la causa por la que con tanto afecto nos pedían el bautismo», escribió, «respondieron que una mujer como aquella que allí teníamos pintada (que era un retrato de la madre Luisa de Carrión) les predicaba a cada uno de ellos en su lengua para que los enseñasen y bautizasen». Aquella visitante de rasgos dulces y cabeza cubierta por el llamativo manto celeste típico de las concepcionistas fue pronto conocida como la «dama azul».

Tropecé con el legajo de Benavides en

trando que tenía un conocimiento de Nuevo México y sus gentes superior incluso al suyo.

Me contagié de la estupefacción de Benavides y decidí seguir de cerca su «memoria histórica» en América y en España. Llevo más de tres lustros haciéndolo. Por suerte hoy, casi 400 años después, su recuerdo está más que presente en Ágreda. Da nombre a su calle principal, y en el convento que ella misma fundó en 1633 aún se conservan sus ropas azules, sus más de 300 cartas intercambiadas con Felipe IV y hasta su cuerpo incorrupto preservado en una urna. Pero lo que sorprende de veras es que en Nuevo México su presencia también siga viva. Sobre todo en Isleta Pueblo, un depauperado asentamiento indígena a unos 30 kilómetros al sur de Albuquerque que, además de un puñado de casinos de baja estofa, alberga una de las primeras misiones franciscanas de Norteamérica.

La última vez que visité Isleta fue en julio del año pasado. En aquel escenario, hacía 378 años exactos, fray Juan de Salas, responsable de su primitiva iglesia de adobe y madera, vio llegar a varios centenares de indios jumanos que aseguraban haber sido enviados a convertirse por la misteriosa dama azul. Su bautismo masivo se hizo célebre, entre otras cosas porque los indios llevaban consigo cruces y rosarios «muy españoles» que, al parecer, les habían sido entregados por su visitante. «Yo no he sido capaz de encontrar aún ninguno de ellos», me reconocía el padre Hilaire Valiquette, actual párroco de Isleta. «Aunque de haber existido es probable que desaparecieran durante las revueltas indígenas de 1680 contra los españoles». Valiquette es, además de franciscano, antropólogo y lingüista. Lleva cinco años investigan-

do. Un pico rocoso esculpido a capricho por el viento que hoy presenta un perfil que evoca a una mujer rezando. «Para los indios se trata de otra marca de la dama azul», me contaba hace años el profesor Clark Colahan, de la Walla Walla University. «Debe saber que en la vecina Texas otras leyendas vinculan la flor oficial del Estado, el bonete azul, con el paso de la monja. Su presencia en el *folklore* indígena es importantísima».

John Kessel coincide en que sor María de Jesús fue fundamental para la región: «El informe en el que Benavides habló por primera vez de sus bilocaciones y que el rey Felipe IV ordenó publicar en 1630 es un texto singular porque da crédito político al milagro».

—¿Y usted se cree el milagro?

—Desde luego, no seré yo quien lo niegue.

CAUSA DE BEATIFICACIÓN

Tal vez como justo contraste, en España las cosas se ven de forma distinta. La bilocación parece un tema tabú entre los expertos y promotores de su causa de beatificación, como lo fue para la propia sor María de Jesús. Durante los interrogatorios a los que la sometió el Santo Oficio en 1635 y 1650 se desmarcó del prodigio. Afirmó que quizás confundió bilocaciones con simples visiones, considerándolas meras debilidades «de juventud». Y aunque lo cierto es que sus problemas con la Inquisición nunca se debieron a sus vuelos a Nuevo México sino a la redacción de *Mística Ciudad de Dios*, basada en la vida de la virgen, el tema de sus viajes a América se evita en instancias eclesásticas.

En la misma Ágreda, el hermanamiento con Nuevo México mereció la abstención del grupo de la oposición (PP) en el pleno del Ayuntamiento, en parte por fundarse sobre



Javier Sierra junto a la urna donde se conserva el cuerpo incorrupto de «la dama azul», en el convento que fundó en Ágreda (Soria). / EVA SÁNCHEZ

1994 en la Universidad de Albuquerque. John Kessel, profesor emérito de su Facultad de Historia, me lo dejó muy claro: «El memorial de Benavides es un documento de un valor histórico inestimable para Nuevo México. Fue el primer texto impreso que habló de estas regiones y el primero que, cuatro años después de su publicación en Madrid en 1634, identificó a esa «dama azul» evanescente con la joven mística sor María de Jesús».

Pocos recuerdan ya que aquel padre Benavides, nacido en las Azores, se obsesionó tanto con el prodigio de la bilocación que tras su estancia en Nuevo México no dudó en viajar hasta Ágreda en la primavera de 1631 sólo para entrevistarse con aquella monja. Sor María de Jesús lo reconoció en el acto, como si lo hubiera visto antes en América, demos-

trando que tenía un conocimiento de Nuevo México y es el único de cuantos he entrevistado que pone en duda las bilocaciones.

—Como verá —dice— no tenemos ningún retrato de sor María de Jesús en el altar. El Vaticano no la ha reconocido aún como santa pero la huella que dejaron sus presuntas visitas sobrenaturales a la región fue tremenda.

—¿Presuntas? ¿Es que usted no se las cree?

Valiquette se encoge de hombros, se atusa el hábito marrón y sonríe.

—Creo que fueron parte de la propaganda franciscana de la época para que el rey invirtiese más dinero en estas tierras.

Su escepticismo contrasta con las trazas dejadas por la madre en todo el Estado. A sólo 350 kilómetros de allí, junto al asentamiento minero de Silver City, se levanta un cerro conocido como *The Kneeling Nun*, la monja

esas bilocaciones. Aunque saben que su *Mística Ciudad de Dios* inspiró a cineastas como Mel Gibson —quien utilizó información de la monja de Ágreda para el guión de *La pasión de Cristo*— temen que una publicidad desmedida de sus vuelos no sea del todo buena.

Justo lo contrario de lo que se opina en Nuevo México. Allí, en un encuentro informal, Michael Cerletti, secretario del Departamento de Turismo del Estado, me reconocía: «Nuestro territorio debe parte de su atractivo a lo sobrenatural. Aquí tenemos historias de accidentes de ovnis durante la Guerra Fría, trenes fantasma y mucho más. La historia de la dama azul encaja con nuestra idiosincrasia y con el lema oficial de nuestro Estado: *Land of Enchantment*. Tierra de encantamiento».

El propio Bill Richardson, de madre española, me lo resumía a la perfección al final del acto de hermanamiento: «Somos latinos. De mentalidad mágica. Y estas historias nos gustan a todos». Qué gran verdad.

Javier Sierra, periodista y escritor, es autor de «La dama azul» (Planeta).

PESE A QUE NUNCA SALIÓ DE SU CONVENTO EN ÁGREDA, DICEN QUE GRACIAS A LA BILOCACIÓN HIZO NO MENOS DE 500 VISITAS A NUEVO MÉXICO